



## **Panamá sin distancias o el dibujo de una cartografía sentimental**

Por Rosina Cazali

En abril de 2003 aterricé en el aeropuerto de Panamá sin pedirlo. Después de algunos días en Cartagena la línea aérea dio la orden de no partir hacia San José y luego hacia mi destino, Guatemala, al no llenar el cupo de pasajeros para justificar el valor del vuelo. Sobre el Corredor Sur, bordeando una excepcional bahía me sorprendió encontrarme con una enorme colmena de rascacielos donde brillaba el último rayo de sol del atardecer. El brutal contraste con las imágenes nocturnas de otras ciudades centroamericanas –generalmente de una arquitectura achaparrada y extendida en el horizonte- se me antojaba como algo alucinante y conmovedoramente moderno. Incluso me hizo evocar la ciudad de ciencia ficción en la película Blade Runner. Después de doce horas de escala y como único suelo firme el lobby de un hotel, partí a las siete de la mañana del día siguiente en un bus que llevó al mismo grupo al aeropuerto de Tocumen. Sin oportunidad de explorar aquella ciudad me prometí a mí misma regresar, algún día, a Panamá.

Nunca pensé que el retorno sería en calidad de curadora de la Bienal de Arte que se celebra en este país centroamericano. Semejante privilegio me pareció un regalo de parte de sus organizadores Mónica Kupfer y Walo Araujo, y aún más cuando pienso en las distintas experiencias transcurridas en los diálogos sostenidos con los artistas participantes, en ser partícipe de su talento y la génesis de sus obras.

Para comenzar, debo confesar que necesitaría mucho espacio para hablar sobre ellos. Sin embargo -y ojalá esta apreciación personal sea suficientemente valorativa-, ya he insistido en el hecho de encontrar en las preocupaciones de estas personas el mapa más adecuado para comprender a profundidad lo que es este país y borrar cualquier preconcepción anidada por tantos años. Para mí y para los centroamericanos en general, Panamá ha sido un país bastante lejano, el último y dudoso cierre de lo que reconocemos como la región centroamericana, lo cual me explica, sólo en parte, por qué insistimos en decir *Centroamérica* y luego añadimos ... y *Panamá* como si se tratara de un apéndice a punto de ser cortado. Cuando se piensa en Panamá se acude a la figura canónica de Rubén Blades. Cuando se habla de historia pasada, presente o futura se recurre al Canal. O, cuando se insiste en su condición de paraíso fiscal Panamá se anuncia a través de sus casinos, sus carreras hípicas o sus tiendas "libres de impuestos". Sin embargo, como ya he dicho, en las obras de estos trece artistas hay más visos de esta sociedad cosmopolita que en cualquier visión reduccionista y propia de un folleto turístico.

En realidad cuando iniciamos las primeras sesiones de discusión sobre lo que sería la 7ª Bienal de Panamá uno de los primeros objetivos que nos trazamos fue la búsqueda de un hilo conductor, que estimara la definición de un tema central y las coordenadas necesarias para comprender de mejor manera los contenidos de la muestra. Me parece que una exposición colectiva no es un puñado de objetos de arte más o menos ordenados en un espacio museístico. Creo en la urgencia de otorgar importancia al esfuerzo intelectual depositado en cada una de las obras. Dentro de las experiencias regionales de este tipo se tiende a pasar por alto que, al unir las, conforman una importante red de ideas que definen tanto a los artistas como a la sociedad que les contiene. Con excepción de la 7ª Bienal de Panamá, no conozco en la región un solo intento por acreditar a una bienal a través de marcos de razonamiento. De tal manera, una de las consecuencias más sustanciosas de este esfuerzo fue la posibilidad de dibujar a través del arte y desde una geografía específica la naturaleza y la validez del conocimiento humano en el arte.

Para comenzar a acercarse a sus contenidos diré que es imprescindible tomar en cuenta que nos encontramos frente a un grupo de artistas integrado por individuos – hombres y mujeres – que se han formado a través de experiencias muy distintas. Y, sin embargo, todos se muestran críticos y reflexivos hacia la sociedad que les alimenta. En tal sentido, no puedo dejar de hacer notar que la mayoría de ellos discurren sobre situaciones que marcan la biografía política panameña, revisan los imaginarios más comunes de lo que bien podríamos llamar la panameñidad o se introducen en senderos existenciales a los que habrá que poner mayor atención y sensibilidad. En diferentes sintonías poéticas lo importante es que esta bienal muestra que los artistas de este país se están pensando como individuos de su tiempo y como artistas provenientes de un lugar singular. El arte es el lenguaje común que les anima a todos. Es el puente que les sirve para transformar tantos temas cotidianos en objetos simbólicos, bellos o sencillamente inquietantes. Además, esta permanente transposición de lo cotidiano hacia el discurso artístico

provoca una corriente inagotable de analogías y oposiciones. Pone de relieve que en este país centroamericano el arte contemporáneo está siendo abordado de manera inteligente.

Alguna vez leí que la cartografía, a diferencia de los mapas que son representaciones estáticas del todo, es un dibujo que se crea al mismo tiempo que la transformación del paisaje. Regresar a Panamá me ha significado introducirme de manera privilegiada en una estructura artística construida por personas excepcionales, que dan cuenta de esa cartografía cambiante. El trabajo que se teje a través de este catálogo es la mejor muestra de ello.

Ciudad de Guatemala, 2006